





# OPERACIÓN CAIPIRIÑA



J.L Rodríguez

# OPERACIÓN CAIPIRIÑA



Primera edición: noviembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© J.L. Rodríguez

ISBN: 978-84-18097-00-3

ISBN digital: 978-84-18097-01-0

Depósito legal: M-34581-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





## PRÓLOGO

El libro cuenta la historia de un grupo de viejos y nuevos amigos que se conjuran para descubrir la verdad oculta tras un extraño accidente acontecido en una obra.

La aventura comienza con una comida entre dos compañeros de colegio que llevan años sin verse: a uno la vida le ha llevado a ser guardia civil, al otro le empujó a dirigir obras por las tierras de España.

En un momento de la reunión, el oficial comenta que unos días antes había asistido con un amigo *mosso d'esquadra* a la inspección de un accidente mortal de un jefe de obra. Ante la incredulidad y los razonamientos del técnico, firman solemnes un pacto para descubrir la verdad.

A la investigación se sumarán un joven *mosso d'esquadra*, las responsables del juzgado y otros personajes claves. Juntos vivirán la aventura de intentar descubrir la verdad de lo sucedido a un profesional honesto y valiente.



## CRUCE DE CAMINOS

El libro es un cruce de caminos que transitan entre la realidad diaria del autor y los recuerdos que todavía perduran en su corazón de peregrino.

Los protagonistas, en su aventura por descubrir la verdad, recorren los caminos de Madrid y Barcelona y viajan en la realidad o en sus recuerdos por rincones de España que revelan la maravillosa diversidad de lugares, costumbres y formas de ser que diferencian y unen a sus gentes.



## UNA RENOVADA AMISTAD

Es un viernes caluroso de finales de julio en Madrid, de un año cualquiera de los que siguieron al choque del barco de España con el iceberg de la crisis, por sucesivos malos gobiernos de la nave.

Tras el siniestro se perdió la oportunidad de cambiar el rumbo de la historia, con un rescate solidario para todos los pasajeros.

Los *poderes ocultos* decidieron que en los barcos de salvamento, de amnistías y rescates solo cabían los de primera clase y la tripulación. El resto de pasajeros deberían tratar de llegar a tierra a nado.

Un veterano técnico de la construcción, castigado al rincón de pensar por sus aventuras empresariales y la explosión de la burbuja inmobiliaria, toma una cerveza en la barra de un buen restaurante asturiano, situado en el entorno del Retiro, distraído con recuerdos de otra época.

Javier Rodríguez Gil es una persona de 172 centímetros, atléticos en tiempo, con unos quilos de más en la actualidad, de unos bonitos ojos azules que se apagan detrás de unas gafas sin montura y una cabeza más despejada de lo que le gustaría. Abulense de nacimiento, madrileño de ejercicio, convertido en ciudadano de las Españas cuando empezó a dirigir obras por sus tierras.

Espera ilusionado a un amigo del colegio, con el que ha quedado para comer, después de haberse reencontrado en la reunión de los 30 años, que organizó meses atrás, un valiente compañero de clase.

El restaurante le trae a la imaginación gratos momentos de sus primeros pasos en las obras, recién terminada la universidad, cuan-

do ayudaba a construir el edificio de Consultas Externas del antiguo hospital de La Princesa.

Recuerda con nostalgia que en este lugar asistió a su primera comida de empresa.

Aún tiene gravado en su imaginación, que cuando se fue a levantar de la mesa, a duras penas podía ponerse de pie, todo el restaurante le daba vueltas. No estaba acostumbrado a alternar con las copas de antes, durante y después.

Se salvó de las chanzas porque era el último en salir y los compañeros no se dieron cuenta que se apoyaba en mesas y sillas, para hacer una salida más o menos digna.

La suerte se puso de su parte, la sobremesa se había alargado y al ser viernes decidieron no regresar a la oficina de la obra. Pudo dar un largo paseo, para que los efectos étlicos le abandonaran.

La experiencia le sirvió para las muchas comidas de empresa, que han venido después, en su agitada vida profesional.

Luis llega puntual a la cita, fundiéndose ambos en un abrazo de palmadas sonoras, que tanta gracia les hacía cuando se lo veían hacer a sus mayores.

—¿Qué tal, Javi? —saluda cariñoso el recién llegado.

—¡Bien! Tenía muchas ganas de saber cómo te va la vida.

Le hace ilusión escuchar que le llame como lo hacían en el colegio, aunque de joven protestaba a veces.

—Me he acordado de ti muchas veces. Entre viajes y pereza nunca encontré un momento para llamarte —confirma sincero el último en llegar.

Luis López Morano es un hombre de 185 centímetros de altura, fruto de un estirón de verano, y mantiene la complexión atlética y el atractivo chulesco de barrio.

Apuran las cañas entre vaciladas cariñosas, uno se sorprende de la tripita y la despejada cabeza del que un día fue un buen deportista, el otro se asombra de que el joven *macarrilla de barrio* se haya convertido en un veterano teniente de la Guardia Civil, experto en la lucha antiterrorista.

Terminadas las consumiciones y las bromas pasan al restaurante, saludan al metre, que verifica la reserva, y les conduce hacia su mesa.

El aparejador siente que el tiempo no ha pasado, los muros siguen decorados con fotografías de gente, que son la historia viva del restaurante.

Busca discretamente una foto del equipo de obra, que estuvo en su tiempo colgada. La curiosidad y los recuerdos le han jugado una mala pasada, ha pasado mucho tiempo.

Les sitúan en el primer salón, en una mesa de cuatro, junto a la pared que divide este espacio de la siguiente sala, lo que les proporciona cierta independencia para charlar de sus cosas.

Luis se sitúa inconscientemente frente a la entrada, quizá por deformación profesional. Su compañero no lo aprecia, al estar con la mente distraída en sus recuerdos.

En este salón el técnico se siente muy a gusto, ha vivido muchas comidas con profesionales de la construcción, en las que aprendió más de la realidad de las obras que en el tajo, al haber podido conversar con compañeros expertos, en un ambiente más relajado.

Una vez aposentados, el camarero les acerca las cartas, momento en que Javier regresa de sus ensoñaciones y sin apenas dejársela leer a su amigo, le propone comer una fabada para los dos y algo ligero de picar.

—¡Perfecto! Aunque sea verano, un día es un día, luego podemos dar un paseo y tomar unos *gin-tonics* —se apunta con la valentía del buen comedor.

Javi tiene ganas de preguntar muchas cosas a su compañero, en el caos de la reunión de antiguos alumnos apenas pudieron hablar.

—El otro día, con tantos corrillos, no pude charlar contigo. Me enteré que te hiciste guardia civil y estabas destinado en Barcelona. ¿Cómo te va?

—Después de salir del colegio fui a la universidad para hacer derecho. Lo de estudiar no era lo mío y terminé por dejarlo.

—¿Cómo acabaste de picoletto? —insiste extrañado.

—Un poco por casualidad empecé a trabajar de varias cosas y a golfear. Un amigo de mis padres guardia civil, que es como un tío para mí, me cogió por banda y me propuso hacer las oposiciones para el Instituto, para que no me echara a perder.

—¡Qué valiente! —reconoce su mérito.

—Al principio no me lo tomé muy en serio, poco a poco me entró el gusanillo, estudié con ganas, pasé fácil las pruebas físicas y conseguí sacar la oposición.

—¿Cómo te destinan a Barcelona?

—Cuando sucedió el atentado de Hipercor me incorporé como voluntario a los cuerpos antiterroristas. Me destinaron a Barcelona cuando era un joven novato y allí sigo.

—¡Debió ser duro! —expresa su admiración.

—Fueron años intensos y emocionantes, en especial el periodo de la olimpiada. Estábamos orgullosos de luchar por España.

—¡Qué casualidad! En esa época trabajé en una de las obras emblemáticas del proyecto olímpico.

—¡Qué pena! Me hubiera gustado mucho tener amigos del colegio para disfrutar de esa bonita ciudad.

—El destino es muy revoltoso —sentencia el oficial.

—Estuvimos a punto de coincidir —recuerda el aparejador un peligroso suceso.

—¿Cómo es eso?

—Tuvimos un atentado de ETA en la obra y te podía haber tocado ir.

—¿Cómo fue? —sorprendido por no recordar el suceso.

—Recibimos un aviso de amenaza de bomba, solíamos tener muchas llamadas falsas. Esta resultó ser cierta, los perros localizaron un artefacto en el falso techo desmontable de un aseo. Un héroe de los artificieros decidió desactivarlo a pesar de que nosotros le decíamos que no merecía la pena el riesgo, que la hiciera explotar, serían solo daños materiales que repararíamos en unas semanas. Estuvo una tensísima media hora asomándose a ver la bomba para desactivarla en unos segundos, sudamos nosotros más que él.

—No entendimos el porqué de su heroica actuación —sentencia Javier.

—Al desactivarla, los terroristas no tuvieron ninguna relevancia mediática, fue una derrota de la propaganda terrorista. Gracias a héroes como él se salvaron más vidas de las que la gente imagina y no han tenido el reconocimiento que merecían.

El técnico entiende los argumentos, al tiempo que siente añoranza de aquellos tiempos, que le lleva a intercambiar una mirada cómplice con su amigo.

La llegada del metre para apuntar la comanda, interrumpe el interrogatorio, si eso se le puede hacer a un teniente de la benemérita, aunque sea un amigo del colegio.

Le comentan que van a tomar fabada, el responsable ratifica como acertada su decisión y les recomienda que tomen solo unos entrantes porque las raciones eran abundantes. Aceptan la propuesta y piden una ración de jamón y una ensalada de ventresca de entrantes, acompañadas de unas cervezas primero y un vino de la casa para acompañar la comida.

—¿Qué tal en Barcelona? —retoma Javi la conversación.

—Al principio fuimos fantásticamente acogidos, en la actualidad, sin la amenaza del terrorismo etarra, el nacionalismo independentista ha tomado el poder y algunos hemos quedado aparcados a labores administrativas.

—Barcelona era una ciudad que de jóvenes teníamos idealizada como la más moderna y libertaria de España y no solo por estar más cerca de Perpiñán —expresa Javier, con una sonrisa pícaro.

—¡Qué golfo eres! ¿En qué estarás pensando?

—En las películas de destape como tú.

—Cataluña se ha transformado en un entorno difícil. Mientras unos nos jugábamos la vida para tratar de evitar atentados, otros ocupaban puestos que por capacidad y trabajo no les corresponden, acercándose al poder nacionalista —se desahoga el oficial.

—Ser el teniente López no debe ayudar mucho —le vacila el técnico.

—Pues anda que el jefe de obra Rodríguez.

—Al final va a ser culpa de nuestros padres —resume divertido.

—Parece una broma, pero tiene mucho que ver —se pone serio el que sufre la situación a diario.

—Tienes razón, la empresa que me trajo a Barcelona sufrió presiones políticas para que el proyecto lo hiciera algún arquitecto extranjero de renombre. No aceptó la imposición y trabajamos con nuestros equipos técnicos.

—¿Cómo te fue en lo profesional?

—La experiencia fue fantástica. Prácticamente vivía en la obra para ayudar a terminarla a tiempo para la olimpiada. Trabajamos en turnos dobles y yo los hacía casi todos para no perderme nada, solo pasaba a ratos por el hotel a descansar.

—¿Te dieron mucha guerra con el catalán? —recuerda momentos incómodos vividos.

—Viví situaciones conflictivas con empresarios que se dirigían a mí en catalán y cuando les respondía en español me ignoraban y se iban en busca de un responsable superior. Aprendí a darles carrete y esperar que volvieran a pedir disculpas, con más o menos deportividad, al enterarse que yo era el técnico que buscaban.

—¿Fue difícil la dirección de la obra?

—¡Qué va! Fue muy divertido. Mi situación era muy especial: pertenecía a una gran empresa con sus órganos de dirección en Madrid y estaba temporalmente. Me sentí como el llanero solitario de los jefes de obra de Barcelona.

La llegada del camarero con los entrantes, interrumpe la charla de los amigos.

Después de servirles, cuando les deja solos, Javi recuerda una anécdota que le sucedió durante la dirección de la obra.

—El día de la fiesta de San Juan estaba en la obra con un compañero. Nos habíamos quedado de responsables para que los de Barcelona pudieran irse de fiesta. En torno a las 19 horas nos llamaron del departamento de relaciones de la Villa Olímpica para avisarnos que el alcalde iba a venir de visita. Les comunicamos que

no se podía, que nos tenían que haber avisado el día anterior como estaba acordado, y dimos el asunto por resuelto. Al rato llegaron unos guardaespaldas a la obra para decirnos que unos metros más atrás venía el regidor con una comitiva de invitados.

—No entiendo por qué querían ir a ver una obra la víspera de una fiesta importante —interrumpe Luis la anécdota.

—Perdona, lo estoy contando mal.

»Habíamos acondicionado la planta 34 a disposición de la empresa, el Ayuntamiento y el Comité Olímpico para que desde esta privilegiada ubicación pudieran enseñar la Villa y el Puerto Olímpico y ofrecer una vista única de Barcelona a todas las personas principales que la visitaban.

Hecha la aclaración, sigue con su relato, esforzándose por no reírse al recordar lo que pasó después.

—Presionados por la situación, tomamos el *walkie-talkie* para intentar comunicarnos con los operarios de la empresa de ascensores, sin conseguirlo. Nos escuchó el responsable de la empresa de climatización que tenía conectada nuestra frecuencia y nos comentó que les había visto en el cuarto de máquinas de la planta 42.

—Aunque ahora parezca la prehistoria, éramos capaces de hacer las obras sin móviles y casi sin ordenadores.

—¡Es verdad! A los jóvenes de ahora les parece imposible que pudiéramos vivir sin móvil, ni redes sociales —recuerda Luis con nostalgia tiempos mejores para las relaciones personales.

Finalizada la pausa de reconocimiento, el jefe de obra sigue con su relato, orgulloso de las capacidades de dirección de los de su generación.

—La comitiva llegó al recinto de la obra, se acercó a nosotros la secretaria del Alcalde y le comentamos lo que pasaba. En ese momento se nos ocurrió subir a pie los 42 pisos para ver si desde el cuarto de ascensores podíamos poner alguno en marcha. Como era el más joven me toco, con la suerte de encontrar a los ascensoristas, que pusieron uno en marcha y bajaron en él conmigo a recoger a la caprichosa comitiva. Llegué a la planta de

acceso empapado de sudor, el alcalde informado por su secretaria, contó divertido la anécdota al séquito, dándome todos las gracias. Les subimos a la planta para que disfrutaran el capricho y dejamos al ascensorista encargado de bajarles por si había algún problema. Mientras esperábamos el final de la inesperada visita para retomar el trabajo, hicimos unas chanzas con la anécdota.

—Si te toca subir en la actualidad, hay que llamar a los bomberos —le vacila.

—Hubiera subido a gatas, si hubiese hecho falta; los deportistas de espíritu no nos rendimos —se defiende envalentonado.

La llegada de la fabada interrumpe la animada conversación, confirmando López que eran ciertas las advertencias del metre y su amigo.

Les pusieron sobre la mesa una enorme perola, para que comieran lo que quisieran.

Mientras el camarero les sirve el primer plato, recuerdan aventuras de juventud, cuando eran más comilones, porque lo gastaban rápidamente y se retan para acabar con la cazuela sin muchas expectativas de cumplir el desafío.

Se ponen cómodos, aflojan los cinturones y se lanzan con tranquilidad al ataque, saben por experiencia que se trata de una carrera de fondo.

Tras reconocer, con las primeras cucharadas, que la fabada está muy buena, siguen con el cotilleo personal.

—Estuvo bien la reunión de los 30 años de nuestro curso —retoma la charla Luis.

—¡No estuvo mal! Aunque nunca he querido ir a estas fiestas, ni cuando la vida me sonreía y mi aspecto era más digno, ni ahora que me va peor y mi imagen está muy alejada de la que ellos y ellas recordaban.

—¡Qué tontería! A nadie le importa. A mí sí me gustan, pero nunca he podido ir, por no enterarme o estar de viaje.

—¿De verdad crees que la gente no vacila con la imagen de los demás? Tú tienes un aspecto fantástico, estás como en el colegio o mejor y si alguien te vacila le puedes meter en el calabozo.

—¡Estás fatal! Sigue con las fabes, que la perola no baja.

—Me convenció Rafa, que es con el único que mantengo contacto, me dijo que ibas a venir tú y otros compañeros que hacía muchísimo tiempo que no veía y me animé.

—¿Lo pasaste mal en la reunión?

—¡Fue divertido! Aunque creo que nada va a cambiar, volveremos cada uno a nuestras vidas.

—Nosotros hemos quedado para comer y nos hemos comprometido a mantener el contacto.

—Tienes razón, brindemos por ese compromiso.

Realizado el brindis, siguen mano a mano con la fabada y entre risas, vaciladas, cervezas y vino, terminan con la hoya.

En ese momento unas risas y aplausos les sacan de su animada conversación.

Alzan la vista y observan a los comensales próximos, muertos de la risa felicitándoles.

Ante el divertido tumulto que se produjo, se acerca el metre que descubre la proeza y les comenta sorprendido que no recordaba cuando alguien había terminado la cazuela.

El responsable les ofrece un postre, al que renuncian por vergüenza y solo piden unos orujos para hacer la digestión.

Les traen la botella para que se sirvieran lo que quisieran y unas pequeñas rosquillas caseras, como premio a su hazaña culinaria.

Al final llegó el momento de la discusión de dos amigos por la cuenta. Gana Javier que eligió el sitio, a cambio de que Luis pague los cubatas, lo que suele terminar en empate económico.

Los dos amigos hacen, con dignidad, el paseíllo hacia la puerta, entre las sonrisas y saludos cómplices del resto de los comensales.



## UN PASEO HACIA LA AVENTURA

A la salida del local echan unas risas, mientras intentan decidir dónde van a tomar unos *gin-tonics*, para hacer la digestión y seguir con los recuerdos de juventud.

Luis toma la iniciativa y propone ir a una terraza del Parque del Retiro, su colega acepta encantado, no está lejos y es un precioso lugar.

Durante el callejeo, retoman su intento de ponerse al día de lo acontecido en sus vidas.

—Me enteré que no te has casado, seguro que tienes muchas novias en Barcelona —se interesa Javi.

—No es del todo cierto. Me casé joven y estoy divorciado; no lo conté porque no me apetecía tener que dar explicaciones —se confiesa.

—¡Lo siento! Ha pasado una vida.

—No te preocupes, hace más de 30 años que salimos del colegio —apunta con nostalgia.

—¿Qué pasó? Si se puede preguntar...

—Podría decir como en las canciones, «que éramos muy jóvenes». La verdad es que la *cagué*.

—Sería cosa de los dos —trata de disculpar su amigo.

—Fue culpa mía, entre el trabajo y alguna golfada lo estropecé todo, me comporté como un niño inmaduro al que nada se le ponía por delante.

—¿Tiene arreglo? —intenta conocer si hay posibilidad de reencuentro.

—Imposible, la eché de mi lado, encontró un buen trabajo en Nueva York y ha formado una familia. Se lo merece, es una persona excepcional.

—¿Qué tal en Barcelona, tienes muchos amigos? —trata de apartarle de sus sentimientos de culpa.

—Tengo un amigo *mosso d'esquadra*, que conocí en un equipo de fútbol sala, al que me apunté para matar el gusanillo y un grupo de compañeros con los que salgo a montar en bicicleta y a esquiar.

—¿De amigos qué tal? —insiste pesado.

—¡Qué cotilla eres! Las mujeres ya no me aguantan. ¿Qué tal te va a ti? —le devuelve el cotilleo.

No le apetece entrar en detalles de su aburrida vida, solo comenta que de tanto ir de un sitio para otro no ha logrado sentar la cabeza.

—¡Vaya par de merluzos! —cierra el tema Luis, dándole su colega la razón con un gesto de la cabeza.

El recuerdo de su amigo le trae a la memoria un extraño suceso reciente, que decide contar.

—Hace unos días me llamó Rubén, mi amigo el *mosso*, para que le acompañara a investigar un accidente que había sucedido en una obra de un hospital, que se construye en Barcelona. Acepté sin saber por qué quería que le acompañara. Al llegar a la obra, nos encontramos un cuerpo aplastado contra el suelo, que todavía no habían tapado, a la espera de que llegara el juez y observamos que tenía una bandera de España encima.

—¡Qué putada! —le sale espontánea la expresión al aparejador, al recordar accidentes acontecidos en algunas de sus obras.

El teniente entiende su reacción, ante el accidente de un compañero, le mira con gesto comprensivo y sigue con su relato.

—El encargado de la obra y el delegado de la empresa en Cataluña, nos confirmaron que se trataba del jefe de obra. Subimos con ellos por las escaleras, llegamos al lugar desde donde se había supuestamente precipitado, vimos unos listones en el suelo y un hueco en la barandilla de protección. Nos contaron que se había

caído al ir a poner una bandera en el poste. El relato nos pareció convincente, bajamos sin hacer más investigaciones y llegamos de nuevo al lugar del accidentado al tiempo que llegaba una guapísima juez.

—¡Ya está el donjuán! —le interpela divertido.

No se da por aludido y retoma el relato, sin hacer caso a los vaciles.

—En ese momento tuve una llamada de la central y me tuve que ir. La magistrada y mi amigo se quedaron encargados de los trámites del levantamiento del cuerpo y de los informes posteriores.

—¿A qué hora se produjo el accidente? —parece recuperar la atención el técnico.

—Antes de las ocho horas no había nadie en la obra.

—Es imposible que un jefe de obra experto, se pueda caer del forjado, fuera de las horas de trabajo —reacciona con firmeza el técnico, ante la sorpresa del oficial.

La conversación sobre el accidente se detiene, al acceder los amigos a la calle Menéndez Pelayo desde la calle Menorca.

En ese punto a Javi se le viene a la cabeza una imagen reciente, en pantalón corto y camiseta, corriendo por esta calle.

Este pensamiento divertido le despista de la historia del accidente y mientras buscan el lugar para cruzar la calle, cuenta a su amigo la anécdota que ha recordado.

—Hace unos meses me lio una sobrina y corrí con mi cuñado la carrera «Ponle Freno», acto solidario por las víctimas de los accidentes de tráfico. Elegimos prudentemente, dado nuestro estado físico, hacer solo cinco kilómetros. Salimos del Retiro con una táctica conservadora, sin picarnos, aunque nuestro orgullo sufriera al adelantarnos jóvenes, señoras y algunos mayores. La primera parte del recorrido era cuesta abajo, invitaba a llevar un buen ritmo, no caímos en la tentación, nuestro objetivo era llegar, no hacer un tiempo digno. Ese planteamiento nos salvó porque cuando llegamos a la calle Alfonso XII para volver a entrar en el parque, empezamos a subir una

cuesta del demonio. Nunca mejor dicho porque terminaba en la escultura del Ángel Caído. Nos salvó que, desde este lugar enigmático, el recorrido era suave y pudimos ponernos derechos para entrar en la meta, con una imagen lo más digna posible.

—Tienes que hacer deporte —le aconseja sin poder contener la risa.

—He perdido la costumbre, intento caminata mucho.

—¡Te gustaba entrenar! Yo era más vago.

—Hacerlo solo no me apetece, se hace muy duro.

—Un día te vienes con nosotros a una marcha ciclista.

—A Barcelona es difícil.

—Hacemos recorridos por muchas zonas de España, salvo que te dé miedo la bici —trata de picarle el orgullo.

—Nunca he tenido miedo, aunque hace mucho que no monto.

»Aprendí un verano en Ávila con apenas cinco años, en esas bicis BH con barra que pesaban un montón. Era tan pequeño que para montar mi tío tuvo que hacerme unas plataformas de corcho para llegar a los pedales. Para subir tenía que apoyarla en un banco de piedra del parque de San Antonio y para bajar tenía que frenar y saltar.

—Aquellas bicicletas eran tremendas y sin marchas, las de ahora andan casi solas.

—Cuando dejamos de veranear en Ávila, dejé la bicicleta, solo la retomé cuando por trabajo volví a la ciudad y empecé a salir con una bici prestada, con un compañero tocayo tuyo. Recuerdo que nos picamos en una bajada.

»Solté las manos de los frenos, me di por suicidado, pensé que si al final de la bajada había un risco en lugar de un camino, iba a saltar la carretera del Barco de Ávila, el río Adaja, la carreta de Burgondo y empotrar la bici y mi cabeza en la muralla, junto a la puerta de San Segundo.

—¡Estabas muy loco!

—Entre los abulenses rebeldes nos ayudamos. La Santa puso un desvío al final del camino para que pudiera contarlo. Mi amigo, mucho más sensato, había frenado un poco antes.

—Siempre has sido muy competitivo —reconoce su valor, sin poder dejar de reír, por como lo ha contado y también por imaginarse alguna bajada suicida de las suyas.

—Se nos quitaron las ganas de bici y lo dejamos.

—¿Dejaste el ciclismo definitivamente? —intenta Luis calibrar las posibilidades de su amigo de acompañarles.

—Hace unos años hice el Camino de Santiago en bicicleta por el camino Sanabrés desde Zamora con un amigo.

—¿Fue muy duro? —le sorprende su valentía.

—Tremendamente, mi condición física era tan lamentable como ahora. Tomé la decisión de no parar nunca, en las cuestas duras, si me tenía que bajar me bajaba y empujada la bicicleta. No perdía tanto tiempo, pero iba casi siempre solo y mi amigo se aburría de esperarme.

—¡Fuiste un valiente al no rendirte! —le anima con expresión de reconocimiento.

—Haber sido un buen deportista me ayudó, por el carácter que imprime y recuperaba muy bien.

—Seguro que a base de cerveza —le vacila.

—¡Cómo me conoces! La Estrella Galicia fue mi mejor compañera, hasta la llegada a la plaza del Obradoiro.

Terminadas las anécdotas ciclistas de Javi, cruzan la calle y entran en el famosísimo parque del Retiro, por la puerta de la América Española.

Avanzan entre árboles y plantas por el paseo del Salvador parándose frente al monumento a Cuba, que les trae recuerdos de vacaciones golfas de otra época.

Retoman su caminar, observan a la derecha el edificio del Teatro de Casa de vacas y a la izquierda el embarcadero, llegan a la fuente de los Galápagos, giran por la calle Nicaragua y se sientan en una terraza con espectaculares vistas al estanque.

—¡Los reyes sabían vivir! —reconoce Luis admirado por la vista que pueden observar.

—Siempre he sido más del lago de la casa de campo, pero tienes razón, es un sitio espectacular.

—¡Qué carabanchelero eres! —toma el pelo a su amigo, aunque piensa lo mismo.

—Siempre ha sido territorio pijo —se defiende el de barrio.

Mientras esperan a ser atendidos, observan el monumento dedicado a Alfonso XII, que parece defendido por cuatro enormes leones, mientras las sirenas tratan de seducir a los enamorados que reman por el estanque.

—Fue el primer monumento del parque, la estatua ecuestre fundida en bronce fue realizada por Mariano Benlliure —recuerda haber leído el técnico.

Mientras toman los primeros *gin-tonics*, al teniente se le viene de nuevo a la cabeza el accidente.

—¿Por qué llevaría una bandera de España el accidentado?

—Cuando se termina la estructura o la cubierta, la costumbre es poner la bandera y organizar una barbacoa en la obra.

—¿En Barcelona también? —se sorprende.

—En toda España, aunque los colores de la bandera ya son otra cosa. En la obra en la que trabajé en la Ciudad Condal, planeé con el encargado general poner el himno y la bandera del Real Madrid, tuvimos la desgracia que nos robaran la liga en Tenerife.

—¡Te pasa por merengue! —se ríe el colchonero, que piensa que en Barcelona el numerito hubiera sido un escándalo.

Entre copas y anécdotas de niños y jóvenes, se les escapa el tiempo, sin volver a recordar el accidente.

Luis se tiene que ir, ha quedado con su familia para cenar. Javi le acompaña hasta donde tiene aparcado al coche y se despiden cariñosamente con el compromiso de no dejar pasar tanto tiempo sin verse, que suena más sincero que en otras ocasiones.

## EN BUSCA DE UN SUEÑO

Javi se levanta temprano para hacer su caminata sabatina, que le traslada desde su Vista Alegre carabanchelero al Cerro de los Ángeles de Getafe. Mitad paseo, mitad promesa, es el único deporte que hace en la actualidad. En su resacosa cabeza lleva latente el recuerdo de la entrañable jornada vivida el día anterior.

Desde que su madre le empujó a ir a pedir ayuda, por un problema personal derivado de una denuncia injusta, que un juez sustituto tuvo *a bien* tramitar, hace el paseo todos los sábados, salvo circunstancias especiales.

En sus primeras caminatas callejeaba por el barrio con destino a la Avenida de Andalucía, hasta que las radiales y las vías del tren le impedían realizar una travesía conforme con las leyes de tráfico. Cruzaba imprudente las grandes avenidas, hasta que alguna regañina lejana de la policía y el aumento del riesgo estadístico, le llevaron a buscar rutas alternativas.

En la actualidad, sale de casa sobre las ocho de la mañana, saluda a su ángel de la guarda y se dirige hacia la calle General Ricardos para iniciar el recorrido.

Lo primero es hacer una parada logística para desayunar en el bar de un amigo.

Con las fuerzas recuperadas y el ánimo dispuesto, retoma la bajada en dirección al castizo río Manzanares, que en otra época separaba el pueblo de Carabanchel de Madrid.

Observa con pena muchos locales vacíos, que al principio de la crisis se entretenía en contar para calibrar sus efectos reales.

Al final de la calle se topa con la glorieta de Marqués de Vadillo, situada junto al famosísimo puente de Toledo, de estilo barroco churrigueresco. Vía histórica de entrada principal a la capital, relegada a paseo peatonal por las radiales de la M 30.

Se detiene a observar una vista privilegiada del entorno, con la imagen de la Puerta de Toledo en la cima. Imagina que sería una perspectiva digna de las postales emblemáticas de la ciudad, si no la tapan los árboles de la mediana, colocados por algún ingeniero sin espíritu arquitectónico.

Retoma su caminar por la calle Antonio López, al llegar a la altura del Hotel Praga, lanza un beso al cielo con destino a su madrina, su ahijada y al resto de familia, que viven en una calle próxima.

Avanza con paso tranquilo hacia la rotonda donde empieza la Avenida de Córdoba con destino al sur peninsular.

Al cruzar por encima del Manzanares se reconcilia con la ingeniería, al admirar dos pasarelas que forman ligeras siluetas de hormigón que se reflejan como olas en la imagen del río.

Llega a la Plaza de Legazpi y tras una breve espera, pues conoce el horario de salida, sube a un autobús que tras un rápido trayecto le deja en un polígono frente al Cerro de los Ángeles, en el que en una época no tan lejana se ubicaron grandes empresas.

Cruza el puente peatonal sobre la autovía, con la vista de la silueta de la ermita y la grandiosa imagen de Jesús, sobre la línea que configuran en el horizonte, el encuentro de las copas de los árboles con el cielo azul de un soleado día estival.

Se adentra en el bosque de pinos carrascos, camina entre menderos y fuentes, sube por el camino lateral de la carretera, cruza la puerta de entrada al recinto, saluda a los gatos que por allí merodean y llega a la explanada religiosa.

Se quita la gorra con respeto, saluda al grandioso Sagrado Corazón, entra en el monumento y pone las velas de sus peticiones.

Al salir del monumento recuerda que los árabes consideraban este lugar el centro geográfico de la península ibérica.

Se acerca a observar los restos del monumento primitivo inaugurado por Alfonso XIII, destruido por los milicianos republicanos durante la guerra civil. Tras leer en las placas su historia sigue su ascenso, que interrumpe para refrescarse en la fuente de piedra.

Remojadas cabeza y camiseta, reanuda su avance con la vista de la Ermita de Nuestra Señora de los Ángeles en la cima.

La deformación profesional le incita a pensar, que le falta una torre para completar la simetría del alzado principal.

Antes de acceder al interior se acerca a la valla lateral, para desde esta atalaya admirar una hermosa vista de la ciudad de Madrid, con las montañas de la sierra en el horizonte.

Se congratula porque la boina de contaminación se ha despejado con la lluvia estival de días pasados.

Entra en la iglesia, saluda a la patrona del pueblo de Getafe y deja una nota con sus peticiones para que los estudiantes del seminario diocesano la lean en sus plegarias comunes.

Al salir admira una de las vistas más bonitas del Sagrado Corazón, que parece flotar sobre las copas de los árboles y aprovecha para citarse con él para el próximo sábado.

Baja por la escalera de la ladera, entra en el convento de las Carmelitas Descalzas que fundó Santa Maravillas de Jesús, saluda a sus santos y vírgenes preferidas.

Antes de abandonar la iglesia se para frente a la imagen de la santa fundadora que parece sonreír al que la mira.

En la parte inferior del cuadro, junto a su reliquia, lee la frase: «Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera», que le hace reflexionar sobre los agobios de su vida.

Sale del recinto religioso, se despide del Sagrado Corazón y comienza a descender por el monte.

Observa restos de trincheras, que le llevan a imaginar las duras batallas que se debieron librar en esa zona durante la guerra civil.

Reconocida su inocencia por la justicia y realizadas las visitas de agradecimiento prometidas, hace tiempo que en sus caminatas sabatinas, viene en busca de *un nuevo sueño*, que dé

sentido a su rutina de arrojar hojas del calendario a la papelera del olvido.

Siente que su vida ha sido un continuo perseguir sueños, para perderlos cuando apenas habían empezado a cumplirse.